

MIREIA YÉVENES

# SU GAR KIL LER

No te fíes de sus encantos

MIREIA  
YÉVENES  
Sugarkiller

Primera edición: marzo de 2026

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Mireia Carrillo Yévenes, 2026

Autora representada por Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L.

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.contraluzeditorial.es](http://www.contraluzeditorial.es)

ISBN: 979-13-87810-41-2

Depósito legal: M. 392-2026

Printed in Spain

*A quiénes creyeron en mí  
cuando todavía yo no lo hacía*



PRIMERA PARTE

Una vida



El mensaje de la aplicación parpadea, insistente, tratando de forzar una decisión de esas que pueden cambiar la vida. Sobre todo, la de él.

ESTEBAN: Bueno, ¿qué me dices? Soy un hombre ocupado.

...

ESTEBAN: Tengo otras opciones, ¿sabes?

SOPHIE: Perdón, reconozco que estoy nerviosa...  
Es la primera vez que hago esto.

Aunque no le ve, ella puede sentir cómo se tensa el sentón —a juzgar por la foto— con quien ya ha decidido quedar. El papel que está representando solo hará aumentar la apuesta, aunque el otro jugador desconoce que ella tiene un as en la manga.

ESTEBAN: Te daré quinientos euros en metálico al terminar nuestra cita. Si haces todo lo que te pida, quizás un poco más. Y no quiero prisas.

SOPHIE: De acuerdo.

ESTEBAN: Te espero a las siete y media de la tarde en el café Sandor. ¿Sabes dónde está? Me encontrarás en una mesa al fondo. (P. D. La ropa interior rosa es mi perdición).

Macarena manda un emoticono de «ok» antes de salir de la aplicación de citas. Es una verdadera mina para los *sugar daddies*, que pueden interactuar a placer con jovencitas en apuros y pasar sus ofertas.

Aquí no hay prostitución, sino patrocinio; este es el lenguaje que emplean los viejos depredadores.

La muchacha de veintisiete años que hoy se llamará Sophie sabe que el tiempo, su tiempo, es oro. Pero también lo es el cuerpo. Y las sonrisas. Y el hecho de ceder ante los deseos de los demás.

Intercambiamos infinidad de instantes a costa de intereses y dinero, ya sea en un trabajo, en el arte o en las relaciones. Esta dinámica es tan sutil y silenciosa que te adaptas a ella, te fusionas con ella. Dejas de cuestionarte cuándo empezaste a hacerlo, cómo o por qué, y simplemente lo ejecutas.

Para Macarena es fácil. Solo debe pasarse por su vestidor, ponerse un bonito disfraz al azar y posar ante el espejo para encarnar a su nuevo personaje. Luego le pone un nombre y se hace tantas fotos como puede bajo un nuevo perfil de la *app*, antes de borrar el anterior.

Nombre y edad: *Sophie, 23 años*  
Talla y altura: *90-63-87, 172 cm*  
Ubicación: *Barcelona*  
Servicios: *Compañía y algo más*

Nota: *Busco patrocinio para costearme el máster de ADE*

Macarena se sorprende de cómo, en cuestión de segundos, nada más subir el perfil, le entró el mensaje que ahora revisa mientras se prepara para la cita.

ESTEBAN: Hola, preciosa. ¿Cómo estás? Estaba danzando entre perfiles hasta que he dado con el tuyo. Tengo que confesar que quitas el aliento. Me ha picado la curiosidad y he pensado que tenía que contactarte ya.

Macarena sonrío al releer el mensaje. Es consciente de lo que genera en los hombres. Prisa. Ansia. Necesidad de posesión.

ESTEBAN: Me muero de ganas de saber más de ti y de ver adónde nos lleva esto.

El deseo a flor de piel. Ella sabe que lo tendrá sus pies.

ESTEBAN: Si aceptas ser mi protegida, puedo llegar a ser muy generoso.

«Todo por dar», piensa ella.

ESTEBAN: Quizá incluso una ayuda mensual, si conectamos y estás disponible para mí.

Fidelidad. Devoción. Entrega. El tipo perfecto para lo que ella busca, a un solo clic.

ESTEBAN: Soy algo impulsivo y llevo mal lo de esperar, así que me gustaría verte esta tarde.

Lo ha tenido veinte minutos en *stand by* para hacerle ver que duda. Así le pone nervioso. Quizás incluso él se esté tocando mientras recorre sus fotos a la espera de una respuesta, intuye ella.

Ahora que le ha dado el sí, en una hora deberá presentarse en la cafetería Sandor, un local de la zona alta lleno de señorones. La primera vez que estuvo, cuando era solo una cría, había un limpiabotas fijo trabajando entre las mesas.

Macarena no utiliza el metro ni el autobús en ocasiones así: se traslada en taxi. Y ante la dificultad de conseguir uno en el centro de Barcelona, sabe que solo necesitaría adelantar brevemente la pierna izquierda en la acera. La misma que se deja entrever por la raja del vestido negro que la envuelve. Solo sería cuestión de doblar la rodilla con suavidad, alzar una mano escondida en un guante negro y el primer taxi que pasara por la calle Pelai giraría, directo hacia ella, como un imán.

Así de rápido.

Macarena está acostumbrada a la inmediatez, a acelerar corazones y atraer todas las miradas. Sabe cómo hacerlo sin tener que moverse mucho o decir gran cosa. Es consciente de su poder sobre buena parte del género masculino.

Y lo usa. Claro que lo usa. ¿Para qué lo tiene si no?

Sin embargo, decide muy bien en qué ocasiones hacerlo. No todos los hombres deben ser víctimas de sus encantos.

Un taxi pega un frenazo tan fuerte que hasta el perro que husmea el árbol de al lado se asusta. El conductor se baja del coche y le abre la puerta.

Macarena es consciente de que ningún taxista tiene ese tipo de detalle. De hecho, al principio nunca se lo hacían, pero con el tiempo ha aprendido a jugar sus cartas. Sabe que con la combinación justa de atrevimiento y *pudor* puede conseguir que casi cualquier hombre suspire por ella. Y este no es menos.

—¿Dónde la llevo, señorita?

—A la cafetería Sandor, por favor. Plaza Francesc Macià.

—Por supuesto.

El taxista no le habla, tan solo la devora con la mirada a través del retrovisor. Macarena mira por la ventanilla, se hace la despistada, pero percibe que el conductor se está mordiendo el labio. Es capaz de apreciar su pulso acelerado.

En poco más de un cuarto de hora llega a su destino y paga con un billete de veinte euros sin esperar el cambio.

—Gracias por el trayecto —le regala ella antes de cerrar la puerta y dirigirse a la cafetería.

Ha estado tantas veces aquí que ya se ha sentado en todas las mesas.

Esteban la espera al fondo del local, tal como le advirtió. Nada más verla, se levanta para recibirla con los brazos abiertos. La besa en una mejilla, muy cerca del mentón, y pasea su nariz cerca de la oreja y el cuello de ella. Se la aprende con el olfato.

—Guau... Eres más increíble aún de lo que podía imaginar.

La admira sin rubor, como quien tiene una joya en las manos. Luego la ayuda a deslizarse el abrigo por los hombros y le retira la silla.

«Como si yo no pudiera hacerlo por mí misma», piensa Macarena.

Pero no lo dice. Ella solo sonríe y levanta muy despacio la mirada, con fingida timidez, hasta dar con la suya.

Esteban se pasa la mano por su barba blanca recortada y le pide al camarero lo mismo que va a beber ella: un vino blanco, de aguja, bien frío.

La cena temprana le sabe a lo de siempre: a tentempié mientras la mano de Esteban acaricia la suya, a piecicito rozando la pantorrilla de este, a risas por cosas que no le hacen ninguna gracia, a respuestas que sonsaca con sutileza y picardía.

Esteban está casado y dirige una agencia inmobiliaria que vende casas exclusivas. Tiene sesenta y dos años, treinta y cinco más que ella.

Los mismos que su propio padre. Aunque eso ahora da igual.

Macarena le pregunta por las casas que él mismo le ha mencionado. Quiere saber dónde están, en cuál de ellas vive, además de conocer sus *hobbies* y sus pasiones. Hasta que por fin la encuentra. Encuentra la pasión en común: la devoción por el arte.

Esteban sabe mucho de las primeras vanguardias del siglo xx —o eso asegura— y le menciona una modesta

colección que ha ido agrandando con mucho sacrificio. Macarena quiere saber más de ello, pero él le habla de su casa, de su oasis con vistas al mar en Castelldefels.

Él desea llevarla a su guarida, que está despejada porque la familia se encuentra de viaje, y arrancarle la ropa cuanto antes.

Ella solo quiere que le hable más del arte que colecciona. Él le coge la mano y se la acaricia mientras le mira los labios. Ella juega con la cuchara del postre que han compartido, sin casi mirarle. Sabe que, si quiere más información, va a tener que acercarse más.

Esteban paga y la toma por la cintura mientras la guía hacia su coche.

Ella se deja acompañar y de vez en cuando se gira para abrazarlo; quiere tentarlo todavía más. Conoce el juego de sobra: tiene unas reglas, unos pasos a seguir y unos tiempos. No puede saltarse ninguno.

Y Macarena ha venido a jugar.

En el coche se toca el pelo castaño, casi dorado, con coquetería, mientras pasea su mano entre el brazo y la pierna de él. Le elogia el coche —aunque es un Tesla normalito—, su gusto por las adquisiciones que le comenta, su inteligencia. Él se deja adular. Su ego se hace grande por momentos y su deseo está a punto de colmarse.

—¿En tu casa tienes obras de esa colección? —pregunta ella, directa, al fin.

—No. Las tengo repartidas por las propiedades que están a la venta. Las expongo allí para vestir las cuando vienen posibles compradores. Aportan caché a las fincas, pero, por supuesto, no están incluidas en el precio.

—Muy astuto por tu parte. ¿Y no se decepcionan al saber que las pinturas no entran con la casa?

—No... Piensa que los compradores tienen un criterio muy personal. Les encanta ver el potencial del lugar, pero quieren decorar a su manera su nuevo hogar. Es parte de la gracia, ¿no crees?

—Tu trabajo me fascina... ¿Por qué no me llevas a ver una de esas mansiones? —le suplica con una voz más aniñada de lo habitual—. ¡Me muero de ganas de ver tu colección! Seguro que es mucho más chula de lo que dices.

A Esteban nunca le ha gustado hacerse el modesto, así que le parece muy tentadora la idea de impresionarla de este modo.

—Además —continúa ella—, seguro que nunca has llevado a nadie allí que no sea un posible comprador...

—¿Qué quieres decir? —pregunta él, intrigado.

—Son casas donde haces negocios, pero no nuestro tipo de negocio...

Dicho esto, le tira de la corbata para atraerlo hacia sí. Le manosea la oreja, que desprende calor; luego el pelo cano.

Esteban sabe que eso no es muy buena idea. De hecho, fuera del horario establecido para las visitas, tiene prohibido entrar en las propiedades de los clientes a los que representa.

Si alguien se enterara, dañaría su reputación. Se montaría un pequeño escándalo, incluso.

«Pero ¿quién va a saberlo a estas horas de la noche?», se pregunta mientras conduce rozando apenas el volante. «Puede ser una buena aventura. Y ella es tan bella, tan

joven, tan elegante... Huele tan bien y su piel debe de ser tan suave...».

No puede evitar imaginarla sentada en el sofá verde oscuro que preside el salón de la casa de Gavà, que es la joya de la corona de su inmobiliaria. Visualiza cómo le baja un tirante, el primer beso en el cuello, la piel fresca y tensa de las chicas de su edad...

—Está bien, me has convencido. Pero nadie puede enterarse de que hemos estado allí, ¿de acuerdo?

—Tranquilo, la discreción es mi mayor virtud.

—Lo sé, *bebé*. Eres deliciosa.

Ese *bebé* chirría en la mente de Macarena. No es el primero que escucha y, por desgracia, no será el último. Aprieta las piernas, bien juntas, para volver al presente. Es su particular forma de concentrarse, de no dejarse llevar por sus miedos. No ahora. No es el momento.

—Y tú eres brillante, Esteban. ¡Me encanta aprender sobre arte de la mano de un coleccionista!

En pocos minutos llegan a la costa de Gavà, donde un lujoso caserón en primera línea de mar les recibe a oscuras. Está a medio decorar, de manera neutra. Tiene *leds* en el techo, pero no hay lámparas. El único mueble es un gran sofá verde encarado al ventanal que da al mar. Una neverita y un par de plantas de mentira, poco más.

Es un hogar impersonal, pero acogedor. «De nadie y para cualquier persona a su vez», piensa ella.

Entonces lo ve: un grabado original de Warhol, de un metro por setenta, preside la pared lateral del comedor. Sin poderlo evitar, Macarena se sienta en el brazo del sofá, embobada. Lleva la firma del propio artista.

«Esto le ha costado una pasta increíble», piensa asombrada.

Esteban aparece con dos copas de champán. Macarena sabe que la neverita cumple esa función. Está preparada para cualquier visita, ya sea para hablar de arte, para vender la finca o para desvestir a una mujer.

Vuelve a juntar las piernas. No hay tiempo que perder.

Lo que sucede a continuación ocurre en menos de treinta minutos.

Aprovecha que él se acerca a ella para acariciarle el cuello. Conoce sus intenciones, aunque él ignora las suyas. Lo atrae hacia ella y, cuando lo tiene muy cerca, lo sienta en el sofá. Esteban se afloja la corbata mientras ella se sienta a horcajadas sobre sus piernas y le desabrocha los primeros botones de la camisa.

Él deja la copa en el suelo, necesita las manos.

Entonces ella, a la velocidad de la luz, mientras empieza a besarle el lóbulo de la oreja, mete sus dedos en el bolsillo de su vestido, donde tiene su secreto. Extrae la pastillita que tiene guardada y la deja caer en la copa de él.

Él la manosea, buscando sus curvas a través de la ropa.

—Espera un momento —le corta Macarena.

—Si es por el dinero, lo he dejado encima de la barra de la cocina.

—Así me gusta, cobrando por adelantado —le espeta ella con frialdad, exhibiendo el rol de *femme fatale* que tan bien encarna—. ¿Brindamos?

Esteban sonríe. Esta chica es diferente. Tiene algo especial. Se siente satisfecho por haber escogido tan bien. Aunque lo que no sabe es que es ella la que lo ha elegido a él.

Brindan, retándose a beber la copa de un trago. Ella se acomoda sobre su erección, sorprendiéndolo al subirse el vestido para que él pueda acariciarle los muslos mientras dirige las manos hacia sus nalgas.

—Espero que no te importe —le susurra al oído mientras él mete los dedos bajo su ropa interior de algodón.

—¿Qué me tiene que importar?

—Me encanta ser dominante.

—A mí puedes pedirme lo que quieras, *bebé*. Te lo voy a dar todo.

—¿Sí? —Macarena se remueve sobre el paquete de él; está duro para su edad—. ¿Por qué no me confie-  
sas dónde has conseguido ese grabado y cuánto te ha costado?

—¿Eso te pone? —pregunta él mientras le acaba de levantar el vestido, que ella se saca por la cabeza, quedando en un conjunto minúsculo de ropa interior.

—Me pone tu voz. Me pone el poder. Me pone el dinero. Y me pone el arte. ¿Soy rara?

Ella no ha parado de moverse, mientras los dedos torpes de Esteban luchan contra su sujetador. Cuando logra hacerlo caer, le habla entre jadeos, mientras huele y lame su piel como un animal embravecido.

El hombre está como loco tocando cada palmo de su cuerpo joven, a la vez que habla de sus aventuras como cazador de arte, feliz de que al fin alguien lo valore.

Mientras tanto, Macarena cuenta interiormente los segundos que le quedan a la escopolamina que ha puesto en la bebida y que en tres, dos, uno... le deja absolutamente noqueado.

—¿Esteban? ¿Estás bien? —pregunta mientras le sujeta la cabeza con dulzura.

Aunque tiene los ojos abiertos, se ha quedado atrapado en una especie de ensoñación. La droga ha hecho el efecto esperado, cosa que le da el tiempo y el poder necesarios para llevar a cabo su misión: robar el cuadro.

No hay tiempo que perder.

Se levanta con premura, vuelve a vestirse y revisa que no haya cámaras o algún posible vecino fisgón. Busca su bolso y saca de él un destornillador universal, un cordel y una tela de seda que le permitirá proteger un cuadro de esta envergadura.

Esteban mira al techo, como si hubiera auroras reflejadas. No reacciona a nada, ni siquiera la ve.

Ha entrado en modo salvapantallas de Windows.

Con ayuda del destornillador, Macarena libera la lámina de su marco y, como ha hecho tantas otras veces, la envuelve cuidadosamente y la ata con el cordel. Guarda los seiscientos euros —la propina estaba prevista— en el bolso y se prepara para la última acción de su plan: volver a casa.

Al igual que la mayoría de las muertes en el Everest se producen durante la bajada, cuando el alpinista relaja el nivel de alerta, sabe que cualquier error en lo que viene a continuación puede ser fatal.

Comprueba en su móvil dónde está la estación de tren o de autobús más cercana. Saca un preservativo de su bolso. Lo abre. Deja el envoltorio a un lado de Esteban y, al otro lado, el preservativo desenroscado. Le desata la camisa, el cinturón y el pantalón.

Y, por último, el toque maestro. El gesto más sutil y eficaz de todos. Saca el labial rojo y se repasa los labios mirándose en el reflejo del ventanal. Las vistas son realmente bonitas. La luna se refleja en un mar tranquilo y el oleaje se oye de fondo.

Se vuelve a sentar sobre Esteban y se despide a su manera. Le besa el cuello, la camisa y, aunque él no responde, finalmente en los labios. El carmín es la firma de su *performance*, la prueba de que el deseo de él se ha consumado, aunque no haya entrado dentro de ella.

Una bocanada de asco le sube por el esófago cuando recuerda que le ha llamado *bebé*. Le escupiría, pero ya ha hecho suficiente y ese detalle podría estropearlo todo.

Se pone el abrigo, recoge sus cosas y sale de la mansión, con el cuadro bajo el brazo, siguiendo las indicaciones de Google Maps.

Es ya de madrugada y no hay nadie que pueda presenciar su salida airosa. Puesto que la casa no tiene inquilinos, aún no ha contratado nadie un sistema de seguridad. Si hay cámaras, no estarán activadas, se dice.

Cuando llega a la parada de bus nocturno más cercana, se sienta mientras se lima las uñas y planea dónde va a bajarse.

—Una noche más, has estado brillante, querida —se dice a sí misma mientras oye el rugido del autobús que se acerca.